

Ciudadanía americana: la búsqueda de la inclusión. Releyendo a Judith Shklar*

American Citizenship: The Quest for Inclusion. Revisiting Judith Shklar

Paloma de la Nuez Sánchez-Cascado

Universidad Rey Juan Carlos

ORCID ID 0000-0003-2714-4533

Cita recomendada:

Nuez Sánchez-Cascado, P. de la (2021). Ciudadanía americana: la búsqueda de la inclusión. Releyendo a Judith Shklar. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 21, pp. 349-356.

doi: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2021.6353>

Recibido / received: 01/07/2021

Aceptado / accepted: 08/09/2021

En esta conferencia que –con ligeros cambios– se convertiría en el último libro de Judith Shklar se encuentran muchos de los temas que le interesaron y preocuparon durante toda su vida académica: las minorías, las víctimas y los excluidos; la crueldad, la injusticia y el mal; el carácter humano con sus vicios y sus virtudes y, por supuesto, la libertad. Todo ello, además, tratado con su característica sensibilidad y desde una perspectiva propia y única que era, precisamente, la que tenía en cuenta la voz de los que nunca o casi nunca son o han sido escuchados.

La autora americana tenía muy claro que la teoría política había sido ciega respecto a los excluidos de la comunidad; apenas se había ocupado de los marginados y discriminados por el sistema político y social, por lo que era necesario y urgente hacer una teoría política nueva. Y no solo porque así obtendríamos una visión más completa y fidedigna de la realidad, sino porque teniendo en cuenta las voces y «los rostros de la injusticia» –el título de uno de sus libros más conocidos–, podríamos reformar un orden social que, a pesar de todos los avances democráticos, puede seguir siendo injusto (Shklar, 1990).

* Este trabajo se ha realizado en el marco del "Programa Interuniversitario en Cultura de la Legalidad (ON TRUST-CM)" "H2019/HUM-5699, financiado por la Comunidad de Madrid y el Fondo Social Europeo" y del proyecto "Teorías de la Justicia y Derecho global de los derechos humanos [JUSGLOBAL]" (PID2019-107172RB-I00 / AEI / 10.13039/501100011033), financiado por la Agencia Estatal de Investigación.



Por todo ello, este texto es también un buen ejemplo del modo en que Shklar estudiaba la historia de las ideas políticas¹. Una historia de las ideas alejada de la abstracción y de un racionalismo excesivo que tenía muy en cuenta, no solo el contexto histórico y social sino, sobre todo, las percepciones, las emociones y los sentimientos de los individuos. Los seres humanos somos fundamentalmente seres que sienten, de ahí la necesidad –sobre la que ella insiste siempre– de ser considerado con los sentimientos de los demás. Por eso, para comprender mejor esa psicología humana tan variada y compleja, no duda en recurrir al arte y la literatura extrayendo ejemplos de la pintura, la novela o el teatro pues allí encuentra los matices y las sutilezas que faltan en la filosofía o la teoría política.

De todos esos sentimientos que experimentamos los seres humanos y a los que no debemos dejar de atender, Judith Shklar consideraba que el más útil a la hora de esclarecer el comportamiento de los individuos era el miedo². Y, efectivamente, llama la atención la cantidad de ocasiones en que aparece el término «miedo» (*fear*) en este y en otros de sus textos. El miedo y la ansiedad están en todas partes: tanto en el esclavo como en el amo; entre los obreros blancos norteamericanos y entre los ricos y los aristócratas; en el pueblo y en los dirigentes políticos. Unos miedos recíprocos e intensos que se alimentan mutuamente y que –en clave de psicología moral y política– ayudan a explicar muchas cosas³.

En el caso del texto que nos ocupa, lo que se teme por encima de todo es el estigma de no ser nadie; de no ser reconocido como un ser humano completo con su intrínseca dignidad. No ser considerado un individuo con pleno derecho dentro de la comunidad –que es lo que significa ser ciudadano–. Es decir, no se teme tanto la pobreza, por ejemplo, como el desprecio y la humillación que son manifestaciones de la injusticia y de la crueldad; un vicio humano que ella define como una ofensa a la humanidad y que consiste en infligir deliberadamente un daño físico, pero también psicológico, a una persona o grupo más débil para obtener un fin. Normalmente, esa crueldad la inflige el más poderoso, el Estado, que la provoca como instrumento de dominación y represión, pero también es la consecuencia del poder y del abuso del fuerte sobre el débil, y precisamente la esclavitud y el racismo son algunas de sus más dolorosas manifestaciones⁴.

Partiendo de estas premisas, Shklar lleva a cabo una breve historia del concepto de ciudadanía en Estados Unidos que –como ella misma advierte– no pretende ser completa y exhaustiva, aunque sí que es original, provocativa y llena de ideas sugerentes. Entre otras cosas, su relato muestra que la ciudadanía es dinámica y que ha ido cambiando y enriqueciéndose gracias a las luchas de aquellos grupos que estaban excluidos de ella.

Se trata, pues, de una historia de la idea de ciudadanía muy diferente a la que se había llevado a cabo hasta entonces en su país de acogida. Ella misma lo dice: la historia de las ideas políticas en los Estados Unidos ha sido una historia complaciente

¹ Después de terminar sus estudios en Montreal, nuestra autora hizo su doctorado en Harvard donde se quedaría como profesora el resto de su vida. Su especialidad era la teoría política y la historia de las ideas políticas.

² Como es sabido, uno de sus escritos más célebres lleva el título de *Liberalismo del miedo* (Shklar, 2014). La mayoría de sus trabajos sobre esas y otras cuestiones están publicados en inglés, aunque muchos se están traduciendo también ahora a diferentes idiomas incluido al español. Véase la bibliografía final.

Para un análisis del papel del miedo en su pensamiento político, véase De la Nuez (2017, pp. 72-94).

³ Por ejemplo: en el Sur de los Estados Unidos, el miedo –que es la emoción que sustenta el despotismo como ya señalara su admirado Montesquieu– era el principio activo de gobierno. (Shklar, 1998b, p. 101).

⁴ Shklar toma esta idea seminal para su teoría política de Montaigne que, junto a Rousseau y Montesquieu, es uno de sus autores más queridos.

que identifica la historia del país con la historia de la lucha por la libertad –al estilo de la historia whig inglesa– cuando, en realidad, hasta hace pocas décadas, no había tenido en cuenta ni a los negros, ni a los nativos americanos ni a las mujeres. Por eso, lo que la autora quiere dejar muy claro es que, desde sus orígenes, la teoría política americana ha sido más diversa y compleja de lo que se ha supuesto normalmente y, sobre todo, que no se puede entender la historia de la libertad en Estados Unidos sin tener siempre presente la esclavitud; su enorme impronta en su pasado, pero también en su presente. De hecho, Shklar escribe que el estudio de la historia americana le hizo muy consciente de la opresión y la violencia que había marcado todo su pasado y su presente. Y que había incluso afilado su escepticismo sobre los mitos, las fantasías y las ideologías que se habían generado para esconderlo o justificarlo (Shklar, 1998b, pp. 92-107; y Shklar, 1989b, p.16).

El racismo –escribe– es universal, pero lo que es único de este país es la existencia de la esclavitud en un Estado constitucional moderno. La existencia de la esclavitud desde sus orígenes y durante la guerra de independencia, tuvo un impacto decisivo en la imaginación, el vocabulario político y los miedos de los americanos – incluso sobre los que no tenían que temer especialmente la amenaza de la esclavitud–, y ha marcado profundamente y para siempre la sociedad y la política norteamericanas.

En ese sentido, la historia de los Estados Unidos es completamente diferente de la de Europa porque en el viejo continente los ciudadanos no convivían diariamente con los esclavos, en cambio en los Estados Unidos, sí. Cuando los blancos americanos hablaban de esclavitud no se trataba de una metáfora. Allí sabían muy bien qué significaba no ser libre. Precisamente, saber perfectamente qué significa ser esclavo es lo que hacía que se temiera profundamente ser reducido a esa condición y que se valorase tanto la libertad, lo que ha marcado a los ciudadanos americanos, hombres y mujeres, hasta el día de hoy. Por eso, no se puede comprender la democracia americana actual sin tener en cuenta la impronta de la esclavitud en ella. Como tampoco se entiende sin ese terror del negro al blanco, pero también de los blancos hacia los negros, que aún existe en el país.

Y es que, como señalamos al principio, estar reducido a la situación de un esclavo, no significaba sólo estar excluido de la comunidad política, sino que significaba no ser nadie. No ser escuchado y no tener voz. Y es precisamente esa ausencia de la voz de las víctimas de la injusticia la que está en el centro del pensamiento político de Shklar. No puede ignorarse la manera en la que las víctimas perciben sus desdichas –y menos debe hacerlo una democracia–. Ellas tienen un conocimiento único y específico de la injusticia, y su sufrimiento es también un fenómeno político, no solo psicológico, e ignorar la injusticia como si se tratara de una desventura o una calamidad inevitable es «caer bajo los umbrales mínimos de la ciudadanía» (Shklar, 1990, p. 83).

Por eso, también los hombres y las mujeres blancos lucharon por el derecho al voto. Para ellos, el voto tenía mucho más valor de lo que podríamos suponer a primera vista. Se trataba de un derecho natural –por lo tanto, y aquí radicaba el problema, común a las mujeres, los nativos y los negros–. El voto era el emblema del estatus social de la persona, ya que los derechos lo son de los individuos (Shklar, 1998c, p. 179).

Lo de menos era que una vez obtenido el derecho, los ciudadanos fueran o no a votar; o que participaran o no en los asuntos públicos. Además, tampoco el voto garantiza la transformación social, la prosperidad o el gobierno de los virtuosos. Pero no se trataba de eso. Lo importante era el estatus, la posición social que les confería

tener la posibilidad de votar, porque negarle a alguien su derecho a tomar parte en la actividad política era un signo de degradación. En última instancia, se trata de «una lucha por el reconocimiento», por el auto-respeto y el respeto de los demás, sin el cual es sumamente difícil que uno se valore a sí mismo.

Y es que la ciudadanía es inseparable del tipo de sociedad en la que se ejerce. Desde sus orígenes puritanos, la ética del trabajo en Estados Unidos –aunque Shklar no comparte la famosa tesis de Max Weber sobre la ética protestante y el capitalismo –, ha sido y sigue siendo fundamental. Por eso, insiste en que en ese país significa mucho más que tener el derecho a votar o a presentarse a las elecciones. Supone ser un individuo independiente y para eso hay que trabajar. Hay que tener un trabajo con el que uno se gane la vida. El trabajo libre supone ser reconocido como un ser humano independiente, dueño de sí mismo. Implica no depender de nadie y ser tu propio amo. Es decir, todo lo contrario de ser un esclavo –por supuesto, este ideal es difícil en un sistema industrial en el que la mayoría de los individuos son trabajadores asalariados–.

Asimismo, este nuevo *ethos* estaba vinculado a la sociedad comercial que se desarrollaba en América por lo que –como explica la pensadora americana– las virtudes van a ser ahora las de este pueblo ordinario, las del comercio que, como ya explicara Montesquieu –que tuvo una gran influencia en el constitucionalismo americano–, crea un nuevo carácter y un nuevo tipo de honor: el del hombre hecho a sí mismo, consciente de su propia valía. El honor deja de ser una característica aristocrática para pasar a ser democrático; es decir, basado en el trabajo y en el mérito (Shklar, 1998d, p. 163).

De ahí que aparezca también en este escrito de Shklar otro de los asuntos de los que se ocupó durante su vida profesional: lo que ella llamaba «vicios ordinarios», entre los cuales señalaba la hipocresía y el esnobismo. Esto viene a cuento porque una de las razones por las que, durante la democracia jacksoniana –un nuevo estado político en el que afirma que se desarrollaron sentimientos democráticos intensos–, los hombres blancos lucharon por la plena ciudadanía, no fue sólo por no ser rebajado a la condición de los negros –*niggers* en el original–, sino también por el miedo al desprecio que los aristócratas –lo fueran por la sangre o por el dinero– sentían hacia el trabajo manual y mecánico al que la mayoría de los hombres blancos de esa época se dedicaba. No solo se temía –recuerda Shklar– a una posible conspiración de los ricos, de los poderosos –de las élites, diríamos hoy– contra el pueblo sino, sobre todo, su orgullo y su desprecio. Estamos otra vez el terreno de los sentimientos. El rico, el poderoso y el esnob hacen que la desigualdad “duela” (Shklar, 1990, p. 87)⁵.

Si el poder trabajar y ganarse la vida es tan importante para al auto-respeto y el respeto de los demás, lo peor que a uno le puede ocurrir es quedarse sin empleo. Ahora el miedo es miedo a ser despedido. El individuo que se encuentra en el paro sufre su situación como una verdadera tragedia; es como si dejara de ser alguien para sí mismo y para los demás. Por eso, Shklar considera indispensable que el Estado garantice una especie de «derecho a ganarse la vida» para evitar esta situación porque, en realidad, la libertad supone, tanto limitar el poder del Estado como tener opciones y alternativas que permitan tomar decisiones sin miedo sobre la propia vida (Shklar, 1998a, pp. 111-127).

En este sentido, y como se ha interpretado por más de un autor, el liberalismo de Shklar se acerca a la socialdemocracia, puesto que, a pesar de su desconfianza y

⁵ Shklar advierte de que en las sociedades o comunidades –incluidas las Universidades– donde hay siempre un cierto nivel de desigualdad, el esnobismo es inevitable e inerradicable.

sus reticencias hacia la intervención y el poder del Estado, considera que una de sus funciones debe ser precisamente esta, porque en el mercado también puede haber mucho miedo. El poder económico también intimida y la extrema desigualdad social aleja a unos individuos de otros y facilita la crueldad, el desprecio y el abuso. De ahí, sus críticas al Neoliberalismo y especialmente a Hayek⁶.

Por todo esto, algunos hablan de un «liberalismo compasivo», aunque ella misma advierte de que hay que huir del paternalismo⁷. Además, recuerda que muchos de los ciudadanos estadounidenses que se quedan sin trabajo viven como una humillación el recibir ayudas del Estado, y dejan de sentirse individuos independientes. Pero es que, además, aún con la ayuda del Estado quedaría sin resolver el problema sumamente actual de las personas que viven y trabajan en el territorio nacional pero no son ciudadanos.

Sea como fuere, de lo que se trata es de eliminar o reducir todo lo posible el sufrimiento político causado por la crueldad y la injusticia activa o pasiva. Esa lucha es la que debería llevar a cabo «el liberalismo del miedo» y la propia democracia liberal que es el menos cruel de los sistemas políticos conocidos y el que más ha conseguido minimizar el miedo político gracias, en gran parte, al Estado de Derecho, la protección de los derechos humanos, la justicia independiente y la división de poderes⁸. Por eso, a pesar de que en este texto la autora americana no se muestra muy partidaria de una concepción fuerte o intensa de la democracia o de la ciudadanía –recelaba de todo lo que sonara a colectivismo, nacionalismo o comunitarismo, incluido el de su gran amigo M. Walzer–, sí que reclama en otros escritos una ciudadanía activa y comprometida que esté alerta a las injusticias y al sufrimiento político que existen también en nuestras democracias.

De hecho, pensaba que también deberíamos tener miedo a una sociedad de individuos temerosos porque con miedo es imposible la libertad. De ahí que a ella le interesara estudiar las cualidades, el carácter y la educación necesarios para ser un buen ciudadano porque, además, el carácter y el gobierno se moldean mutuamente. Por lo tanto, a pesar de que en este texto ella explica que la ciudadanía en los Estados Unidos consiste básicamente en el derecho al voto y el derecho a ganarse la vida, también entiende esa misma ciudadanía como exigencia de compromiso y responsabilidad, y recuerda que una característica de la ciudadanía liberal es la lucha por los derechos. Lucha que nunca se acaba y que es un proceso político sin fin porque la libertad no consiste en un disfrute pasivo. Incluso hasta en su vida privada, el ciudadano debe apoyar los hábitos democráticos y el orden constitucional.

En definitiva, de acuerdo con su visión de las cosas, para entender una democracia cualquiera cree Shklar que hay que analizar el carácter de sus inevitables conflictos, lo que en el caso de los Estados Unidos significa analizar la tensión entre un sistema político pretendidamente igualitario y una sociedad muy desigual desde el

⁶ La crítica de Shklar a Hayek se encuentra tanto en su libro sobre el pensamiento utópico: *Después de la utopía. El declive de la fe política* (Shklar, 2020), como en *Legalism. Law, Morals and Political Trials* (Shklar, 1964) y en *Los rostros de la injusticia* (Shklar, 1990).

Para una comparación sobre el pensamiento de los dos autores, véase de la Nuez, (2019). La autora americana hizo de la justicia o, más bien de la injusticia, uno de los temas fundamentales de su obra y precisamente es la visión que Hayek tiene de la justicia lo que les separa por encima de todo.

⁷ A su «liberalismo compasivo» se refiere P. Magnette en su libro *Judith Shklar. Le libéralisme des opprimés*. (Magnette, 2006)

⁸ Evidentemente, Shklar sabía que todo sistema político y legislativo lleva implícito un mínimo nivel de miedo necesario para cumplir sus funciones –o incluso para evitar crueldades mayores–, pero señala que el miedo que hay que impedir es el que genera la arbitrariedad, los actos de crueldad y tortura de la policía o los militares –la crueldad institucionalizada– y todos los no autorizados y extrajurídicos. (Shklar, 2014, pp. 56-58).

punto de vista económico y social, a la que, además, se añade un racismo virulento y unas «pasiones xenófobas» que hicieron que los americanos fueran incapaces de imaginar una ciudadanía multi-racial que incluyera a los negros y a los nativos. Por esta incapacidad, la lucha por el voto dejó «residuos de amargura» que llegan hasta la actualidad, y «la amargura puede crear una mentalidad política» (Shklar, 1998c, pp. 178 y 180).

Las extremas contradicciones y las disposiciones anti-liberales que también han existido en la historia de los Estados Unidos no sólo han permeado sus instituciones e ideología, sino que siguen vigentes. Y es que Shklar estaba convencida de que los viejos hábitos, las creencias políticas y morales son vigorosas y permanecen en el tiempo, como parece que también lo hacen la ansiedad y los «miedos políticos». Para bien o para mal, nuestras creencias y la ideología determinan nuestro sentido de la justicia.

Sin embargo, el escepticismo de Shklar le impedía creer que alguna vez podríamos acabar completamente con el miedo y el sufrimiento político, pero sí se podía ir haciendo algo relativamente útil⁹. Hacer una teoría política con una orientación práctica, ya que se supone que la teoría política tiene que ayudar a que nos comprendamos a nosotros mismos; a que comprendamos nuestros conceptos y vocabulario político posibilitando, asimismo, que las experiencias dolorosas de los excluidos tengan cabida en la deliberación pública. Por esto mismo, tampoco su liberalismo es un liberalismo de la esperanza, sino que –como ella afirma en más de una ocasión– se trata de un «liberalismo de la memoria». De hecho, el presente escrito sobre la ciudadanía americana sirve también para recordar el esfuerzo y la lucha de esos hombres y mujeres, sobre todo cuando en nuestra vida democrática damos por supuestos derechos políticos que a menudo no ejercemos.

Precisamente, tiempo antes de su repentina muerte, Shklar estaba trabajando sobre cuestiones relativas a las minorías, los exiliados y los refugiados; temas de absoluta actualidad. Nuestra autora consideraba que, de alguna manera, los esclavos también habían sido exiliados dentro de su propio país, aunque en ese momento lo que más le interesaba eran los exiliados políticos: aquellas personas «expulsadas contra su voluntad por el gobierno de sus países por razones políticas, por sus opiniones, sus filiaciones partidistas, su raza, su clase o nacionalidad». Y recuerda – porque tenía experiencia personal de ello– que al perder su ciudadanía los exiliados modernos se encontraban en una situación terrible. «Sin pasaporte vives en un limbo perpetuo» (Shklar, 2019, pp. 205 y 207)¹⁰.

⁹ Como señala la profesora Alicia García Ruiz, traductora y buena conocedora de la obra de Shklar: «Inspirada por Montaigne, la pensadora practicó un coherente y sostenido escepticismo: en el sentido etimológico, una toma de distancia crítica que permite el examen y enjuiciamiento, a través de un uso constructivo de la duda. Su distanciamiento no debe ser considerado una falta de compromiso sino como una forma específicamente filosófica del mismo, el compromiso con la verdad». (García Ruíz, 2019, p. 9).

¹⁰ La traducción es nuestra.

Judith Nisse Shklar nació en Riga en 1928, pero su familia –de origen judío– tuvo que abandonar Letonia debido a la amenaza del totalitarismo nazi y soviético. Huyeron desde Suecia atravesando, en muy duras condiciones, la Rusia soviética hasta llegar a Japón del que viajaron a Estados Unidos. Allí fueron reclusos en un centro de detención de emigrantes ilegales porque los papeles que traían consigo ya no servían, aunque consiguieron salir de allí gracias a la intervención de un rabino. Acabarían instalándose en Montreal donde ella vivió y estudió hasta que llegó a Harvard. Ella misma relata muchas de estas experiencias en *A Life of Learning*, (Shklar, 1989b) y que acaba de ser traducido al español (véase la bibliografía final).

En dicha universidad hará toda su carrera académica. En 1989 se convertiría, además, en la primera presidenta de la *American Political Science Association* (APSA). El 17 de septiembre de 1992 muere repentinamente de un infarto dejando su obra inacabada.

En un mundo en el que los emigrantes y los refugiados llegan cada día a nuestras fronteras, el escuchar su voz y tener en cuenta su perspectiva, puede ayudarnos a buscar soluciones realistas. Realistas, porque Shklar defendía un “realismo honesto” y desconfiaba de las utopías¹¹. Lo que hay que hacer en política no es buscar el sumo bien –algo sobre lo que, además, en sociedades pluralistas no generaría fácilmente acuerdo alguno–, sino que de lo que se trata es de, en la medida de lo posible, eliminar o reducir la crueldad y el sufrimiento. Todos sabemos lo que es sufrir y tener miedo, y nadie quiere ser tratado con crueldad. Todos somos vulnerables. Por eso, se puede combatir las injusticias sin que tengamos que compartir una definición de lo que es la justicia. Además, somos capaces de reconocer las injusticias porque tenemos un sentido de la justicia previo a cualquier reflexión; un sentido moral común y universal. De ahí el cosmopolitismo moral de su liberalismo. «El liberalismo contempla los abusos del poder político en todos los regímenes con la misma aprehensión» (Shklar, 2014, p. 52)¹².

Por todo esto, su liberalismo sirve como instrumento de crítica y renovación, pues sin ser un liberalismo revolucionario tampoco es conservador. Al contrario, su teoría liberal tiene un potencial progresista. De ahí, el creciente interés y reconocimiento que su obra y su pensamiento están suscitando en muchos países y, no solo porque ofrece la posibilidad de reformular y renovar un liberalismo amenazado y en crisis, sino también porque su obra parece responder a las necesidades e inseguridades emocionales de un mundo en el que sigue habiendo mucha injusticia y mucho miedo. Como ella sabía muy bien, las ideas políticas responden también a necesidades afectivas como la de «aliviar la carga del miedo» (Shklar, 2014, p. 62).

Bibliografía

- De la Nuez, P. (2017). Miedo, injusticia y libertad en el pensamiento político de J. Shklar. *Crítica Contemporánea. Revista de Teoría Política*, 7, pp. 72-94.
- De la Nuez, P. (2019). El liberalismo de F.A.Hayek y J.N.Shklar: una comparación. *Araucaria*, 21(41), pp. 37-60.
- García Ruiz, A. (2019). Judith Shklar, la pasión por la distancia. *Letras Libres*, pp. 7-9.
- Magnette, P. (2006). *Judith Shklar. Le libéralisme des opprimés*. París: Ediciones Michalon.
- Nussbaum, M. (2019). *La tradición cosmopolita. Un noble e imperfecto ideal*. Barcelona: Paidós.
- Royer, C. (2020). Introduction: Shklar's (underappreciated) international thought. *Global Intellectual History*.
- Shklar, J. (1957). *After Utopia*. New Jersey: Princeton University Press. Edición castellana Shklar, J. (2020). *Después de la utopía. El declive de la fe política*. Madrid: La balsa de la Medusa. También: Shklar, J. (2021). *Sobre la utopía*. Madrid: Página Indómita.

¹¹ Precisamente, del declive del optimismo político y el pensamiento utópico se ocupa en *Después de la utopía. El declive de la fe política* (Shklar, 2020).

¹² Un tema a debatir sería si ese cosmopolitismo del liberalismo de Shklar podría implicar algo parecido a la defensa de una ciudadanía cosmopolita al estilo de la que defiende M. Nussbaum en *La tradición cosmopolita. Un noble e imperfecto ideal* (Nussbaum, 2019). De hecho, el pensamiento de J. Shklar está siendo también recuperado en el campo de las relaciones internacionales, principalmente por su libro *Legalism*, aunque no solo. Véase, Royer (2020).

- Shklar, J. (1964). *Legalism. Law, Morals and Political Trials*. Cambridge: Harvard University Press.
- Shklar, J. (1984). *Ordinary Vices*, Cambridge: Harvard University Press. Edición castellana Shklar, J. (2007). *Vicios cotidianos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Shklar, J. (1989a). The Liberalism of Fear. En N.L. Rosenblum (ed.), *Liberalism and the moral life* (pp. 21-38). Cambridge: Harvard University Press. Edición castellana Shklar, J. (2014). *El liberalismo del miedo*. Barcelona: Herder. También Shklar, J. (2021). *Gobierno de la ley y Liberalismo del miedo*. Madrid: Página Indómita.
- Shklar, J. (1989b). *A Life of Learning*. The Charles Homer Haskins Lectures of the American Council of Learned Societies. Edición castellana Shklar, J. (2021). El aprendizaje de una vida. *Letras Libres*, pp. 30-39.
- Shklar, J. (1990). *Los rostros de la injusticia*. Barcelona: Herder.
- Shklar, J. (1998a). Positive Liberty, Negative Liberty in the United States. En S. Hoffman y D.F. Thompson (ed.), *Redeeming American Political Thought* (pp. 111-127). Chicago: University of Chicago Press.
- Shklar, J. (1998b). Redeeming American Political Thought. En S. Hoffman y D.F. Thompson (ed.), *Redeeming American Political Thought* (pp. 91-111). Chicago: University of Chicago Press.
- Shklar, J. (1998c). Democracy and the past. En S. Hoffman y D.F. Thompson (ed.), *Redeeming American Political Thought* (pp. 171-187). Chicago: University of Chicago Press.
- Shklar, J. (1998d). A new Constitution for a new Nation. En S. Hoffman y D.F. Thompson (ed.), *Redeeming American Political Thought* (pp. 158-171). Chicago: University of Chicago Press.
- Shklar, J. (1998e). *Political Thought and Political Thinkers*, Chicago: University of Chicago Press.
- Shklar, J. (2019). *On Political Obligation*. New Haven: Yale University Press.

Otras obras de Shklar

- Shklar, J. (1969). *Men and Citizens. A Study of Rousseau's social theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shklar, J. (1976). *Freedom and Independence: A Study of the Political Ideas of Hegel's "Phenomenology of Mind"*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shklar, J. (1987). *Montesquieu*. Oxford: Oxford University Press.

Principales obras sobre Shklar

- Ashenden, S. y Hess, A. S. (Ed) (2019). *Between Utopía and Realism, The Political Thought of Judith N. Shklar*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Gatta, G. (2018). *Rethinking Liberalism for the 21st. The Skeptical Radicalism of Judith Shklar*. Nueva York: Routledge.
- Hess, A. (2014). *The political theory of J. Shklar. Exile from exile*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Yack, B. (ed.) (1996). *Liberalism without Illusions, Essays on Liberal Theory and the Political Vision of Judith N. Shklar*. Chicago: University of Chicago Press.